

Viaje al Monte Athos

(Tierra con sol y sin mujeres)

Conferencia leída por **Alberto M. Candiotti** en el salón amarillo del Palacio Presidencial.

Antes de hacer la relación del viaje que el año de 1935 efectué a una tierra admirable por todos conceptos, en la cual existe una república milenaria de monjes, digna de admiración y de respeto por la santidad de sus componentes, creo indispensable una pequeña introducción sobre lo que era la iglesia griega de Bizancio.

* * *

Desde un principio, los griegos consideraron a Constantinopla como la nueva Roma, y reclamaron para su Patriarca el segundo rango, después del Patriarca o del Obispo de Roma.

El bizantino, a pesar de los regalos y de los refinamientos de su vida, despreciaba profundamente todo lo terrenal que, con razón, consideraba transitorio, y sentía una atracción subyugante por las cuestiones teológicas y místicas, referentes a la vida eterna.

La constitución bizantina impedía al pueblo la libertad para las discusiones políticas; por eso los emperadores lo distraían con los espectáculos del circo y le daban plena libertad para dedicarse a las discusiones de los más mínimos detalles de la teología.

La religión fue también asunto de Estado. El Emperador era el Supremo Jefe de la Iglesia (como luego ocurrió en Rusia, que se consideró heredera de Bizancio), y si en realidad los Patriarcas eran elegidos en Sínodos, para su consagración era indispensable el beneplácito del Basileus.

La suprema aspiración de todo bizantino, desde el Emperador al más modesto habitante de los más lejanos *themas* de Mesopotamia, fue terminar su vida en un monasterio, para ganar el perdón y la gracia en la vida eterna.

El clero bizantino —como aún hoy día en toda la iglesia griega—, se dividía en dos clases: los popes o papás, que regían las iglesias en los pueblos y debían ser casados; y las altas jerarquías de la iglesia, los obispos y sus superiores, que eran únicamente elegidos entre los monjes.

Los monasterios también se dividían en varias categorías: los que eran de mayor rango dependían directamente del Emperador, como ocurrió siempre con los conventos del Monte Athos, que se consideraban vasallos del Emperador.

En la iglesia griega existían y existen, asimismo, conventos de monjas, con organización análoga a los conventos masculinos.

En Bizancio fueron numerosísimos los ermitaños que vivían en común, en monasterios y en lugares que se llamaban *lauras*, que en griego quiere decir barro, y que se empleó para designar en Oriente el conjunto de chozas y celdas de los primitivos monjes. Hoy se emplea la corrupción rusa y se les llama *lavras*.

Los ermitaños aislados y los santos estilitas, imitadores de San Simeón, eran extraordinariamente venerados en Bizancio, tanto que, en muchas ocasiones, llegaron a sobrepasar la influencia del Patriarca sobre el pueblo.

Los bizantinos tenían una veneración extrema por los iconos y por las reliquias. Llegó a tanto la veneración por las imágenes de los santos y por las reliquias, que en ello había mucho de paganismo. Esto motivó la reacción violenta por parte de los iconoclastas, influenciados por los mandatos de Moisés y también por las ideas del Islam triunfante.

Esta veneración extremada por las imágenes y por las reliquias perdura aún hoy día entre los devotos de la iglesia griega ortodoxa, en una forma tan exagerada que muchos, auserentes de elevación espiritual, adoran la materialidad de la imagen.

La división de la Iglesia en griega y latina, desde un principio, tuvo por motivos principales causas de carácter político. Con el tiempo se hicieron éstas tan profundas que fueron estériles los esfuerzos realizados para hacer perdurable la unión.

Las diferencias dogmáticas entre la iglesia griega y el catolicismo son relativamente pocas. Muchas veces Roma y Constantinopla hicieron mutuas concesiones para consolidar la unión que, como hemos dicho, fue siempre de duración precaria debido a intrigas políticas y al afán de Constantinopla de dominar y de no someterse al Papado.

Para nosotros, católicos, la iglesia griega es cismática. Es

en Constantinopla donde nacieron la mayor parte de las herejías.

Las diferencias dogmáticas entre el catolicismo y la iglesia griega han podido ser conciliadas en diversas épocas, pero siempre, y aún hoy día, la iglesia griega quiere mantener su absoluta independencia de Roma, lo que no es posible admitir al catolicismo.

Existen griegos unidos a Roma como lo son los *rutenos*, que han conservado los derechos dogmáticos que les concedió el Papado a los griegos en diversas épocas de la historia.

Los problemas de la separación dogmática son dos: El que se refiere a la comunión con pan ázimo de la hostia católica, y a la comunión con pan y vino de la iglesia griega, y, el más importante, es la interpretación del credo, del Símbolo católico.

La iglesia latina, para evitar los cismas de que era cuna Constantinopla, agregó al Símbolo la palabra *Filioque*: "Qui ex Patre Filioque procedit", lo que significa "la procesión del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo".

El credo griego de Constantinopla dice simplemente: "Qui ex Patre procedit".

El último esfuerzo realizado en la Edad Media para lograr la unión de las dos iglesias fue hecho en el Concilio de Florencia en 1439, en el cual el Emperador de Bizancio, Juan VIII, en persona, con una numerosa delegación de sacerdotes griegos, aceptaron el agregado latino en el credo e hicieron concesiones a la comunión con pan ázimo.

Esta unión jamás fue reconocida por el pueblo bizantino.

Las gestiones del Emperador Juan VIII, reconociendo la autoridad papal y aceptando el Símbolo latino, tenían carácter eminentemente político: confiaba en obtener el apoyo de Roma y de los países católicos, para defenderse del incontestable avance del Gran Turco.

Ni el pueblo ni los monjes de Bizancio quisieron reconocer la unidad de las dos iglesias. Y mientras el último Emperador, Constantino Paleólogo, reconocía personalmente la unidad, y mientras en 1453 se luchaba en los muros de la capital cesárea para defender la cristiandad contra el Islamismo, dentro de los conventos y de la ciudad monjes y ciudadanos se entregaban a discusiones teológicas y a manifestaciones y motines ruidosos, que si no hacían recordar, por su magnitud, los desbordes que cometieron los iconoclastas, ni los latinos de la Segunda Cruzada, fueron causa principalísima de la pronta derrota de Bizancio.

Los monjes de Bizancio, mientras se estaba luchando en

las murallas, declaraban que preferían ver sobre la ciudad “el turbante del Sultán que la tiara del Papa”.

Creo que estas consideraciones, si bien de carácter muy general, facilitarán la comprensión de muchos aspectos de la vida del Monte Athos.

* * *

Habréis oído hablar de un país misterioso, situado en Grecia, no lejos de Salónica, donde la existencia de los hombres transcurre apacible, bajo un cielo terso, con sol radiante, en medio de una vegetación rica de sombras, y donde hay trinos de aves y murmullos de cascadas y riachuelos. Esa tierra es propicia a los goces en todos sus esplendores y sus sensualidades, pero los hombres que la habitan dan las espaldas a la vida, para contemplar la muerte. Porque allí no se nace; se muere. De esa comarca se ha proscrito a la mujer y a todo sér viviente del sexo femenino.

Esa tierra con cielo límpido y sol ardiente, es el Monte Athos llamado cristianamente *Ogion Oros* (Monte Santo), donde existe desde el siglo Xº, una república monástica, de cristianos “ortodoxos”, de remotísimo origen bizantino.

Allí se refugian los que huyen del mundo, en callada e injusta maldición por toda hembra, olvidando que la maternidad es voluntad divina.

El repudio de la mujer y de toda hembra que hacen los monjes del Athos, en recuerdo del pecado original, se convierte en una adoración ferviente por la madre virgen: por la Madre de Dios, por la Théotokos.

La Virgen María (la Panagía) es venerada con exaltación mística de tal grandeza, que en las largas plegarias trasnochadas y en la adoración de los iconos milagrosos, los monjes ponen aquella pasión, pura y carnal, que exalta a los místicos de todos los tiempos. En los himnos colectivos, en las rogativas silenciosas y solitarias de estos religiosos, hay mucha fe, pero también subconsciente admiración por la mujer en sí, de la cual exteriormente abominan.

A las puertas de cada monasterio, de cada choza de ermitaño, en el iconostasio de las iglesias, en los rincones de las celdas, la imagen de la Santa Virgen impera, y da luz y esperanzas a las almas.

Hacia este lugar sagrado nos embarcamos en Salónica, una tarde del mes de junio de 1935. Vamos acompañados por un joven compatriota sefardí, escritor en lengua francesa. El compatriota, nacido en Tucumán, se llama Federico Petillón. No conoce su país natal. Salió con un año de edad de la República Argentina, y no regresó jamás. Antes de embarcarnos,

Petillón nos manifiesta sus temores: el viaje al Monte Athos es peligroso para él. Lo miramos atentamente, con temor de habernos equivocado, pensando que bien podría ser una sufragista vestida con atavíos masculinos. Pero no se trataba de eso. Petillón nos saca pronto de la duda. Nos dice que, si bien es judío, es también verdad que sus rasgos fisonómicos no lo denuncian como hijo de Israel, ya que por su origen ibérico los sefardíes tienen noble figura, en nada parecida a los marcados perfiles que distinguen a los asquenasis, mas él ignora las prácticas exteriores del cristianismo. Los monjes, al reconocerlo judío, podrían tratarlo mal. . .

Damos ánimo a Petillón; le prometemos ampararlo con toda nuestra autoridad diplomática, y lo obligamos a que tome una serie de lecciones prácticas para que haga, a la perfección, la señal de la cruz: manifestación exterior de religiosidad muy usada en el Monte Santo. Nos cuesta trabajo lograr que aprenda nuestro sefardí amigo; pues, por vivir en Grecia desde su infancia, se acostumbó a ver a los griegos hacer el signo de la cruz de derecha a izquierda, y nosotros queremos que se signe a la “latina”, de izquierda a derecha. Después de quedar bien enseñado sobre la obligación de arrodillarse, y advertido sobre la posibilidad de ayunar, si bien llevábamos amplios maletines llenos de conservas y dulces, Petillón nos manifiesta su agradecimiento por darle la posibilidad de visitar, con tantas seguridades, el Monte Athos.

Petillón se empeña en hablarnos en español. En su español sefardí, que en Salónica es una mezcla de clásico castellano con muchos galicismos, con harta influencia griega, y no pocos turquismos.

En el caso particular de Petillón, la jerga se complica con el empeño del compatriota en mostrarnos su criollismo, injertando a su parla vocablos del argentino de arrabal, aprendidos en la letra de los tangos.

—Bien catarás que no faré negro —nos dice—. Tengo presente que asegurado de tu protección ego non debo tener paura. . . y si harta “parada”. . .

Y dicho esto con mucho énfasis, coge el sefardí Petillón las maletas, y con más bríos que el Cid en sus campales lidias, toma la delantera y nos embarcamos en un pequeño vapor que, por el archipiélago del Egeo, nos conducirá hacia el Monte Athos.

Una noche bastó de navegación para que al amanecer vislumbrásemos la silueta del Monte Athos, nombre de titanes, que surge imponente y dominador hacia Levante, en el extremo norte del tridente de la península Calcídica.

La península del Monte Athos tiene 40 kilómetros de extensión por 6 de anchura. Al unirse al continente la península se estrecha hasta medir solamente 2 kilómetros de mar a mar. Es allí en donde Jerjes hizo abrir el célebre canal para evitar que sus naves tuviesen que hacer un largo viaje para doblar toda la península, lo que era estratégicamente peligroso.

El negro promontorio visto a contraluz, ofrece al viajero estas siluetas sugestivas: casi besando el mar, hacia el Oriente, se dibuja el perfil cortante y rudo de un viejo de larga barba y abundante cabellera. Parece un monje gigantesco que quisiese huir de la montaña, escapando de la maldita sensualidad de las crestas que tiene a sus espaldas, cuyos contornos diseñan —cual protesta de la naturaleza— en la claridad del cielo, a una mujer acostada mostrando su tropical desnudez.

A las cinco de la mañana desembarcamos en el puerto de Dafni.

Un pintoresco soldado atoniense, que llaman *seiménide*, comprueba con mucha mesura, si todos los que pisan la tierra santa son realmente varones, y luego nos saluda y nos libra la entrada.

Desde que pisamos tierra atoniense, Petillón, exagerando "su cristianismo" repite las señales de la cruz hasta que debemos, en crítica oportuna, decirle mudamente con la cabeza que se quede tranquilo; pero es inútil. Luego le hacemos la correspondiente advertencia, y nos responde en francés:

—Tiene razón... Pero usted me hacía con la cabeza el signo negativo "a lo franco", y usted sabe... que estamos en Oriente...

En efecto, olvidamos que en Grecia, en Turquía y en todo el próximo Oriente, para negar hay que hacer con la cabeza el movimiento que para nosotros es afirmativo y mirar, al mismo tiempo, al cielo, poniendo los ojos ligeramente en blanco. Y se afirma moviendo la faz de izquierda a derecha repetidas veces...

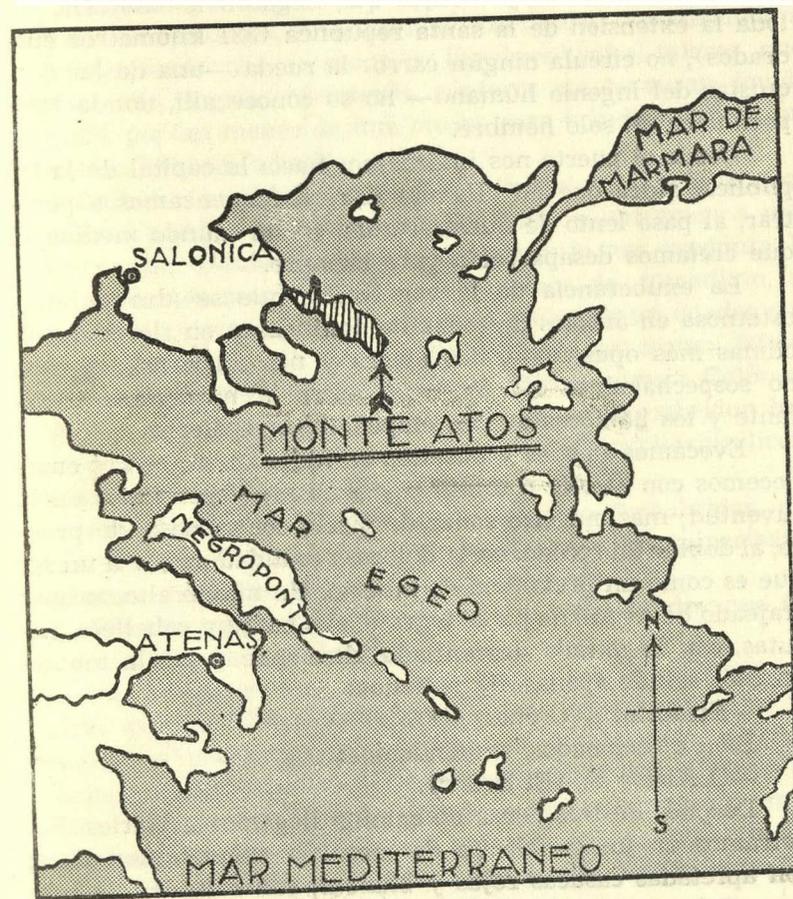
Hecha esta aclaración, Petillón nos dice, en su típico español:

—Hago la cruz ahora porque debo ser "cristiano viejo".

Lo miramos sorprendidos; nos comprende, y agrega:

—De consejas y cantares que trajeron de Córdoba de Sefer los judíos muy viejos, ya moridos, tengo oído eso...

Una hora después de haber llegado al puerto de Dafni.



marchábamos a horcajadas sobre una incómoda silla que llaman *yamari*, cabalgando en mula resabiada y lerda.

Es inútil pretender emplear otro medio de locomoción que la mula rudimentaria. En la península no hay caminos: se la cruza en todas direcciones por las mismas sendas y veredas e idénticos atajos que utilizaron, hace diez siglos, los primeros anacoretas y monjes que llegaron a habitarla. En toda la extensión de la santa república (321 kilómetros cuadrados), no circula ningún carro: la rueda—una de las conquistas del ingenio humano—no se conoce allí, donde tampoco nace un solo hombre.

Desde el puerto nos internamos hacia la capital de la república; aldea que hoy llaman Karíes. Comenzamos a penetrar, al paso lento de nuestra mula, en un mundo medioeval que creíamos desaparecido para siempre.

La exuberancia de la vegetación, que se alza pujante, ostentosa en árboles de todas las latitudes y en flores de los climas más opuestos—, nos alegra y nos sorprende, porque no sospechábamos tal contraste entre la naturaleza triunfante y los hombres que se empeñan en repelerla.

Evocamos zagalas y pastores en idilio amoroso; nos enardecemos con el olor a tomillos y azahares y pensamos en la juventud; mas, nuestro soñar despierto conviértese, de pronto, al doblar un recodo, en la dolorosa realidad de ver a un sér que es como un prenuncio de muerte. Un monje alto, magro, trajeado de negro, de porte ingrato, con barba y cabellera hirsutas, con la mirada desconfiada, desciende a pie la montaña. Nos saluda apenas, diciéndonos:

—*Evlogite*... (Benedicid!)

Bien aleccionados, respondemos:

—*O Kirios*... (El Señor).

Después de tres horas de camino llegamos a Karíes. Penetramos en un pueblecito de montaña como tantos otros; con apretadas casucas rojas y blancas; con calzadas de cantos rodados, y con cielo y sol de gloria. Pero nos sentimos cohibidos: silencio de cementerio hay por todas partes. Cruzan las callejas hombres funerarios de negras sotanas, con negros *rasos*, con barbas desordenadas y cabelleras femeniles. Algunos hombres, que visten de paisano, nos miran llegar del mundo, con semblantes sonrientes, pero tristes: son menestrales y peones contratados por los monasterios para las construcciones y la trajinería. Estos hombres, que no son monjes, llegaron allí obligados por la necesidad y ahora nos saludan, sospechando que venimos de la tierra donde ellos dejaron a sus mujeres y a sus hijos, para irse allí, a ese rincón sin cari-

ños, para ganar el sustento de los seres a quienes aman.

Nos impresiona el silencio que permite oír, en pleno día, el taconeado de los monjes en las piedras de las callejuelas; que nos trae, desde lejos, la única voz alta que suele oírse, el ¡jarre! de un acemilero. Silencio jamás interrumpido por el alboroto retozón de los muchachos, ni por el llanto de un niño.

Llegamos a una fuente lugareña. No vemos mozas ni mancebos decidores, ni chiquillos traviesos; encontramos a hombres taciturnos, forrados de lúgubres trajes talaes, que llenan, sin alegrías ni interés, cántaros sin ternuras, jamás cogidos por las manos de una mujer para brindar alivio a un sediento labriego amado.

Callados también, temiendo ofender al silencio, nos apeamos ante la fonda del monje Elías, y entramos a una amplia sala. Desde su mostrador el monje nos pregunta lo que deseamos servirnos. No respondemos de inmediato, al ver, en una pared algo que nos es familiar: es un cuadro con marco atrevidamente dorado, protegiendo un cromo trivial del Descubrimiento de América y en el cual se ve a Colón de rodillas, con estandarte y cruz. Frente al descubridor hay muchos indios... ¡e indias! desnudos... ¡Inexplicable licencia en esta república pudibunda!

Este encuentro inesperado con nuestro descubridor, nos llena de lejanos recuerdos, que nos llevan a las pulperías de italianos, perdidas en las pampas argentinas.

Por fin, pedimos al monje mesonero una sandía, que allí es fruta sabrosa y preferida.

No podemos reposar mucho tiempo; y si bien estamos harto molidos, debemos dejarnos guiar por un monje y un mulero, y presentarnos ante el Señor Gobernador General (delegado del Gobierno Griego), para pedirle que ponga su visto bueno a nuestros pasaportes, recomendaciones y permisos especiales. De allí vamos a rendir homenaje, y a solicitar nuevas autorizaciones al Consejo Supremo del gobierno monástico de la república, llamado *Epistasia*.

Entramos en un salón que tiene por únicos muebles tres sofases angostos, puestos a lo largo de las paredes, a la usanza turca, y una mesa con alfombrilla oriental a guisa de carpeta. Nos esperaba una ringlera de monjes, sentados con empaque de muñecos.

En el centro, detrás de la mesa, estaban cuatro venerables: son los representantes en Karíes de los conventos Gran Lavra, Vatopedi, Iviron y Chilandari. Zalemas, frases de cumplimiento y promesas de eterna amistad son cambiadas sin regateo, hasta que nos presentan, ceremoniosamente, al Pro-

tos, que es el Jefe Supremo, el presidente de la república atoniense.

Servido el indispensable vaso de agua y confitura, y la consiguiente tacita de café, los representantes de los cuatro monasterios nombrados se ponen de pie junto a la mesa, alargan sus diestras, y con un pedazo de sello que cada uno tiene empeñado, forman un solo sigilo y lo estampan sobre el documento que nos dará, definitivamente, amplia libertad de tránsito en el santo territorio.

Terminadas estas formalidades, los monjes pierden su estiramiento y conversamos amigablemente: están en nuestro corro dos soldados atonienses, de aspecto lleno de teatral dignidad. Antes, guerreros temerarios, hoy simplemente buenos señores encargados de vigilar las costas y las fronteras, para impedir que entren en el territorio monacal, no ya, como en tiempos idos, las hordas de piratas vénetos, genoveses o catalanes, o las vandálicas muchedumbres de turcos, infieles y sanguinarios, o de sarracenos de Egipto y de Marruecos, horripilantes y sin misericordia, pero sí para impedir el acceso de algo peor, de algo mucho más execrable, según los monjes... ¡las mujeres!, seres de pecado y de perdición.

Estos guardias de aspecto imponente y armados de alfanjes rutilantes y de viejos fusiles sin plomos ni pólvora, hoy emplean solamente el arma de sus ojos avizores, que descubren, a mil metros de distancia, con facilidad sorprendente, a una mujer o a un animal hembra. Estos soldados son, hoy, simples custodios de la castidad monacal; centinelas fronterizos que atajan lo mujeril, para que no se profane el territorio de la república frailerá, milenariamente unisexual.

Ya no urge defenderse de piratas, como acecía hasta mediados del pasado siglo. Ya no hay infieles que obliguen a los soldados y a los monjes a abandonar las oraciones para empuñar la cruz y la espada. Sólo existe el recuerdo de las luchas iconoclastas que ensangrataron también estos conventos; ya no hay mortales rivalidades entre latinos y griegos, que forzaban a los monjes bizantinos a vengar las ignominias de los malos caballeros de la Cuarta Cruzada. Las tierras que rodean a la Santa Montaña, están muy lejos, en el tiempo, de la incoherente Edad Media y hoy, los monasterios, verdaderos castillos feudales, altaneros en medio de las rocas, al extremo de que algunos parecen como caídos del cielo y plantados en la punta de un picacho, son tan sólo testimonios vivientes de las épocas en que debieron ser, a un mismo tiempo provocadores y atajadizos de invasores.

Pero nos detenemos en Karies, cuyo interés histórico se

reduce a una pequeña iglesia (la más antigua del Athos) decorada con excelentes frescos y a una torre donde se guarda un precioso documento, el *Tipikon de Zimiskis*, del cual me ocuparé en seguida.

* * *

El Monte Athos es conocido desde la antigüedad. Entonces se le consideraba como la tierra más elevada del mundo, no obstante tener solamente 2.035 metros de altura máxima.

No se sabe cuándo se establecieron en el Athos los primeros ascetas y monjes. Para los athonienses estos problemas se resuelven con la narración de milagros, y creen en las leyendas como en fehacientes documentos.

Cuentan que, poco después de la muerte de Jesús, la Virgen María y San Juan navegaban no lejos de las costas del Athos. Una tempestad los hizo naufragar y fueron arrojados a la playa. Justamente en ese momento los paganos adoraban sus ídolos. Cuando los falsos dioses vieron llegar a los dos santos náufragos dieron voces, que clamaban: "Mirad a la madre de Dos. ¡Corred y veneradla!". Y diciendo esto cayeron de sus pedestales y se rompieron con gran estrépito. Desde ese instante los habitantes del Monte Athos se cristianizaron.

Hasta el momento los historiadores no han podido descubrir la existencia de ermitaños evangélicos en la península del Athos con anterioridad al Siglo IX.

Cuando en el siglo X aparece en el Monte la fuerte personalidad de San Atanasio, la vida monacal prevalece y los conventos logran independencia e inmunidades.

A principios del siglo X, en casa de una rica y prominente familia de Trebizonda, nació un niño, al que dieron el nombre de Abraham. En su juventud Abraham conoció al higümeno del Monte Ciminos, en Anatolia, y trabó amistad con sus sobrinos León y Nicéforas Focas.

Deseoso de soledad, Abraham se fue a refugiar al Athos, donde ya existían muchos ermitaños. Para evitar que lo encontrasen sus amigos, Abraham, diciéndose labrador, se cambió el nombre por el de Atanasio.

No tardó Nicéforas Focas en encontrar a su antiguo amigo, y lo convenció de que debía levantar un gran monasterio, para lo cual le daría el oro necesario. Atanasio construyó, entonces, la Gran Lavra, que aún hoy es el convento más grande del Monte.

Nicéforas Focas, estratega del ejército bizantino, supo imponerse a los sarrecenos de Creta y, para agradecer a Dios su victoria, prometió, en solemne juramento, dedicar su vida

al ascetismo. Mas, a este guerrero feliz le estaba deparado otro destino. A la muerte del Emperador Romano, sus soldados y amigos, obligaron a Focas a aceptar el trono de Constantinopla.

Una viuda de 22 años, la Emperatriz Teofano, supo cautivar al nuevo Emperador, y con ella se casó.

Cuando Atanasio se enteró de que Nicéforas había aceptado el trono y contraído matrimonio, partió a la capital del Imperio y apostrofó al perjurio. Nicéforas afirmó que a pesar de su matrimonio, se había mantenido casto (lo que era, al parecer, verdad), y multiplicó los privilegios y donativos a los monjes del Athos.

Ofendida la Emperatriz por la indiferencia del esposo, entregóse en brazos del armenio Juan Zimiskis. Al poco tiempo Zimiskis encabezó una conjuración (en la tempestuosa y fría noche del 10 al 11 de diciembre de 960), y asesinó al austero Emperador. Zimiskis se hizo proclamar Basileus. Para lavar su crimen, colmó de favores a los monjes del Athos y les concedió una Bula de Oro famosa, conocida con el nombre de *Tipikon de Zimiskis*.

Este importantísimo documento se encuentra en Karíes, guardado en una torre, cuyas puertas y cofres se abren sólo cada tres o cuatro años; esa Bula de Oro está escrita en piel de carnero, mide cuatro metros de largo, y popularmente se la llama *Trogos* ("Chivo").

En el *Chivo*, están determinados los privilegios y la organización de los conventos. Estas reglas, dictadas en el siglo X tienen las firmas del Emperador Zimiskis y de San Atanasio.

Constantino IX, el Monómaco, por Bula de Oro del año 1046, prohíbe en la península la existencia y la entrada "de cualquier mujer, de cualquier clase de hembras, de los niños o eunucos y de toda cara lisa" (imberbe).

No obstante la prohibición de que vivan niños en el Athos, hemos visto neófitos sumamente jovencitos.

Constantino Ducas, en 1060, y más tarde el Emperador Alexis, independizaron al Monte Athos "hasta el fin del mundo", por medio de documentos pomposos y solemnes.

En posesión de tales regalías, los monjes se esforzaron en labrar la grandeza de sus conventos, enriqueciéndose por medio del comercio, principalmente de productos agrícolas, y propagando la santidad de "El Jardincito de la Virgen", como llaman a su hermosa tierra. También fueron y son fuentes de recursos, los donativos de los peregrinos, y la venta de iconos y cruces. Desde muy antiguo los legados de

cuantiosas cantidades de dinero y de inmensas extensiones de tierras de sembradío y de pastoreo, principalmente en Rusia y en Rumania, acumularon en los conventos fortunas muy considerables, muchas de las cuales llegaron a sumar hasta un centenar de millones de francos oro.

Previendo las conquistas turcas, en 1430, los monjes hicieron acto de sumisión al Sultán Mohamet II, conquistador, en 1453, de Bizancio. Mohamet II respetó fielmente los privilegios de los piadosos habitantes del Athos.

Modernamente, la Conferencia de Londres de 1913, confirmó la independencia y la neutralidad del Athos, y en 1926, Grecia, que se empeña en nacionalizar los conventos, dictó una nueva constitución para la República Monástica.

El espíritu de lucro que dominó siempre en los monjes, las rivalidades entre los de nacionalidad griega y los de otras procedencias eslavas, pervirtieron sus costumbres, y, mal comprendida y peor practicada la nueva regla *idiorrítica*, democrática y menos rígida que la *cenobítica*, favoreció el relajamiento de las costumbres y, por fin, condujo rápidamente a la pobreza.

La república del Monte Athos, es de carácter ecuménico, si bien de origen griego bizantino. Por esta razón, hasta que el gobierno griego impuso la nueva constitución, no había diferencias entre los monjes de las diversas naciones del mundo "ortodoxo". Los monjes que llegan para habitar hoy el Athos, deben solicitar permiso del gobierno de Atenas y naturalizarse griegos. El nacionalismo invade también este rincón medioeval, y se defiende de la preponderancia que antes de la Gran Guerra comenzaban a conquistar los monjes rusos, que con sus fortunas en rublos se iban adueñando de la Montaña Santa.

Los veinte conventos que existen en la actualidad (de los cuales 17 son griegos, uno serbio, uno búlgaro, uno rumano y uno ruso (este último de considerable importancia antes de la revolución comunista), forman una federación autónoma, con cinco mil habitantes, bajo una especie de protectorado griego.

* * *

Los conventos están divididos en dos reglas: los que se rigen por la disciplina *cenobítica* y los que siguen la *idiorrítica*.

Los monjes que adoptaron la regla cenobítica hacen una vida muy severa en comunidad perfecta, bajo la autoridad casi absoluta de un higúmeno elegido democráticamente con carácter vitalicio; carecen de bienes personales; comen todos

juntos en el refectorio, al que entran y salen en solemne procesión. Durante las comidas un monje lee la vida del Santo del día y el higúmeno, en recuerdo de la Santa Cena, divide y reparte los panes. Todo el año hacen abstinencia de carne, y tres veces por semana se privan de aceite. Por lo común, sus alimentos son verduras y pan. Los días de fiesta se les permite regalarse con pescados, preferiblemente secos: arenques, bacalao y pulpo. Estos monjes no beben vino ni fuman.

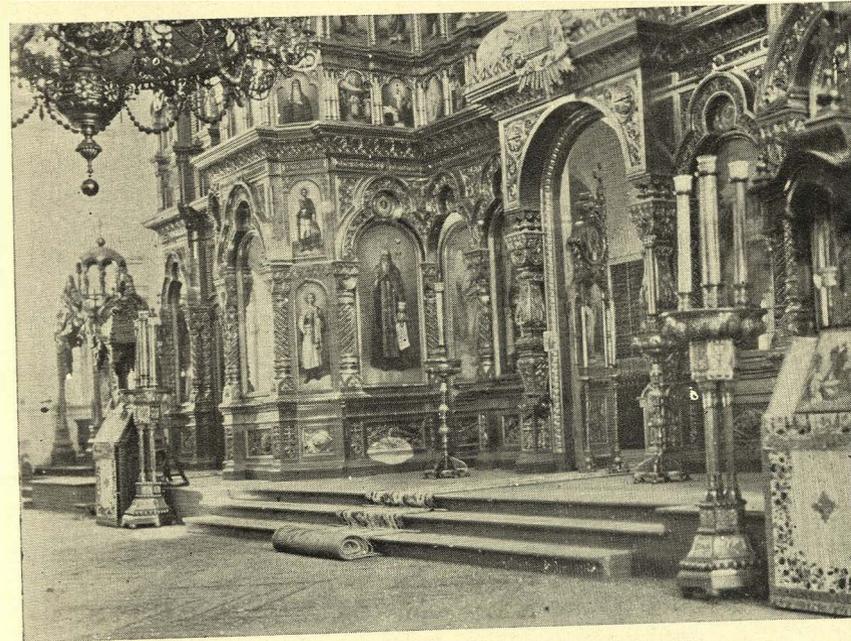
Los idiorrítmicos deben también vivir dentro del convento, pero cada uno tiene su celda individual, que reúne muchas comodidades: un pequeño corredor de entrada, una salita de recibimiento, dos dormitorios: uno para el monje anciano, el padre espiritual, y el otro para el monje discípulo. Disponen, además, de una cocina. Cada monje amuebla y decora su celda según su gusto y sus recursos. Todos reciben una retribución anual, hoy muy disminuía por la pobreza en que están los conventos, al serles confiscados los inmensos dominios que poseían en Rusia, y mal pagados los que les fueron expropiados en Rumania y en Grecia.

Los monjes idiorrítmicos atienden a las necesidades de su propia alimentación; pueden comer carne, fumar en sus celdas y beber el vino resinoso que hacen en los conventos y hasta el *rakí*, aguardiente muy fuerte, que en el Levante se usa a modo de aperitivo.

Los monjes pasan los días y las noches orando y en ocupaciones agrícolas. Asimismo, se dedican a diversos trabajos manuales o tienen a su cargo los oficios domésticos indispensables en una comunidad.

Las artes están hoy reducidas a labrar cruces e imágenes de madera y a tallar utensilios destinados a satisfacer el mal gusto de los peregrinos. Fabrican rosarios con semillas de naranjas secas, con pequeños caracoles, con cuentas de vidrio, de origen checo o germánico, y con nudillos de lana. Los rosarios de semillas de naranjas secas y los de nudillos de lana, sobre todo estos últimos, son los que utilizan los monjes para sus oraciones.

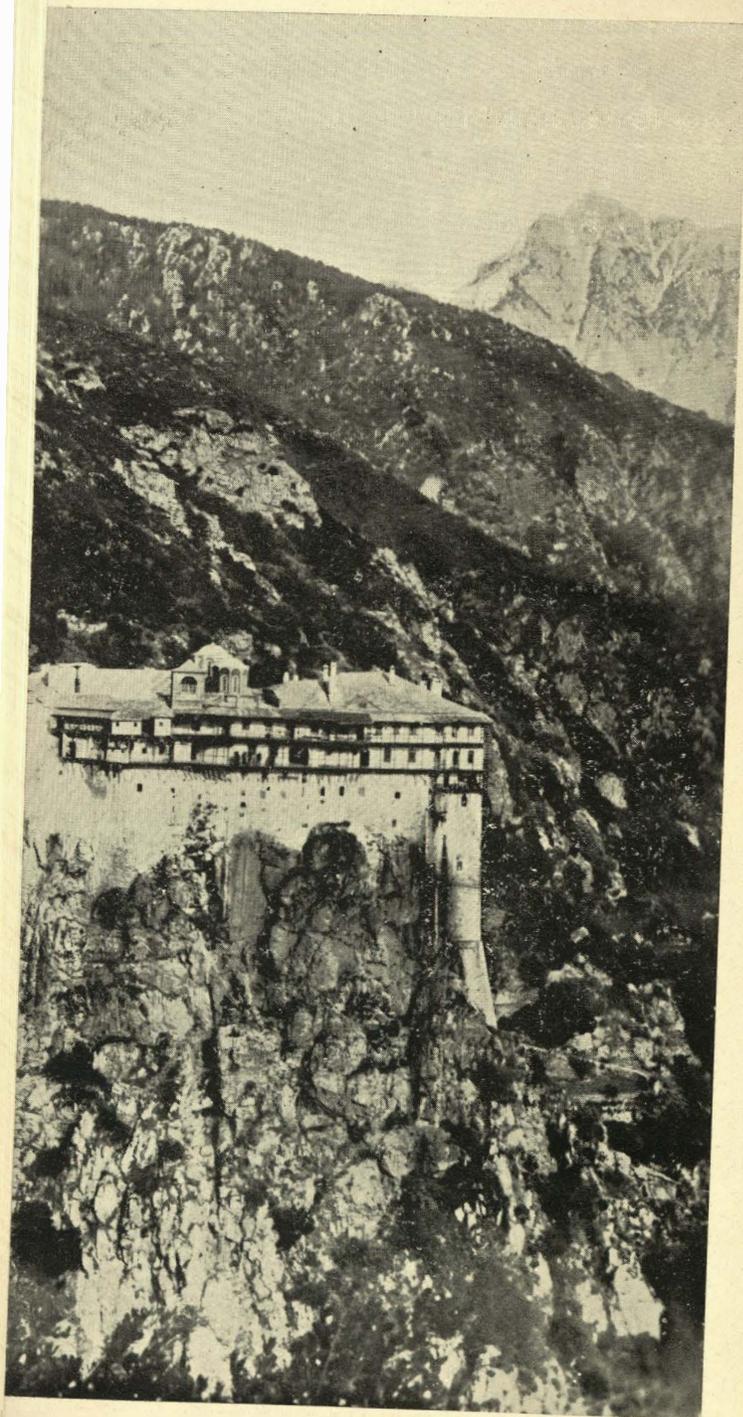
Algunos se dedican a la pintura de iconos, pero carecen de gusto artístico. Las bellas artes y las letras están en evidente decadencia en el Athos. Si encontré monjes de verdadero talento y con amplios conocimientos, hay que convenir en que la mayoría son de una ignorancia sorprendente; hablan como niños, dan respuestas de ingenuidad desconcertante y hacen absurdas afirmaciones. Todo aquello que no pueden dilucidar es para ellos misterio divino; lo explican con



La iglesia del Monasterio de Pantelimon.



El Monasterio de Hilandar.



El Monasterio de Simón Pedro.



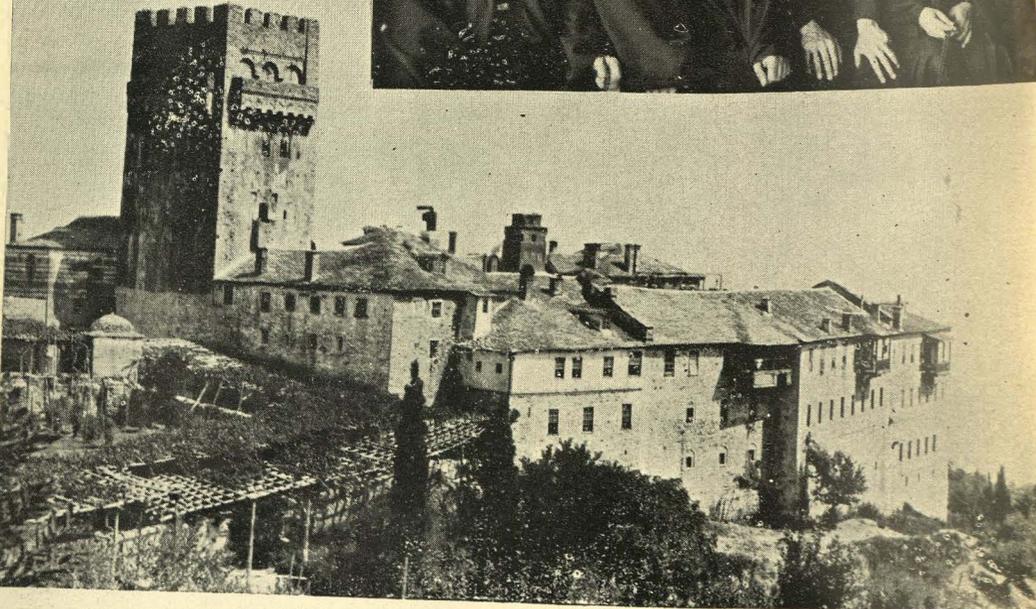
Los monjes trabajan la madera.



El autor y el sefardi Petillon
en el patio de un Convento.

Del viaje al Monte Athos:

Derecha: Un monje. - Centro: El autor en el refectorio. - Abajo: El Convento de Karakallo.



una leyenda, lo justifican con la narración de un milagro, o dicen, simplemente: "La Virgen no quiere que lo sepamos..."

En general los monjes sostienen, a pesar de la condena que hizo el Sínodo de 1347, que la absoluta ignorancia es el mejor medio de llegar a poseer la verdad divina.

Los tesoros de arte acumulados en las iglesias; los frescos de los templos y refectorios; los infolios y pergaminos historiados, que aún se encuentran en las bibliotecas, son manifestaciones del pasado. Hoy, en el Monte Athos, los pintores se contentan con copiar mal —introduciendo modificaciones de evidente influencia rusa— los viejos iconos; los escritores de mérito no existen.

La ciencia teológica, las obras místicas athonienses están atesoradas en los antiguos manuscritos, en los viejos libros. El arte se conserva en los frescos y los iconos de Pansélinos y de sus discípulos. Este notable artista athoniense del siglo XIV ha legado a las iglesias del Athos un arte bizantino de tan noble inspiración, que no se le ha superado. Sus interpretaciones apocalípticas en los refectorios, sus figuras de santos y ermitaños, son la obra de un genio superior por su audacia, unida a una ejecución de alta potencialidad trágica.

Los pergaminos y los incunables que hay en las bibliotecas son, posiblemente, la centésima parte de lo que debía existir. Durante mucho tiempo esos manuscritos y libros sirvieron para envolver grasas o tapar potes de confituras, y, lo que es peor, fueron destrozados para hacer tapones de espingardas o vendidos al kilo, por ínfimo precio, a los turcos, que les daban igual destino.

A principios del presente siglo, sabios y artistas occidentales comenzaron a visitar el Monte Athos e hicieron comprender a los monjes la conveniencia de conservar esos monumentos del arte y del saber. Desde entonces se manifestó una saludable reacción, pero estos monjes ingenuos atribuyen hoy, a cualquier papel viejo o tabla pintada, valores fantásticos de miles y miles de dólares.

A mediados del siglo XVIII (el año 1743), se quiso reaccionar, en beneficio de la cultura, fundándose la "Academia Athonías". Las discordias engendradas por la emulación pusieron fin, bien pronto, a tan nobles propósitos, y hoy vemos en las cercanías del convento Vatopedi las ruinas de esa gran escuela.

Ahora hay en Karíes un colegio, que carece de importancia.

* * *

El monacato está en decadencia en el mundo entero. En

Pavía nos dijeron que fue muy difícil rehabilitar el convento, porque los cartujos son cada día menos; en el Monte Athos se quejan de que ya no llegan jóvenes a solicitar asilo para escapar de las asechanzas del Diablo, que se pasea libertino por las corrompidas ciudades de los continentes. Sin embargo, suele ocurrir que algunos jóvenes de Rusia o de los países balcánicos van un verano al Athos, y como allí la hospitalidad es amplia y totalmente gratuita, se quedan una o dos semanas. Se enamoran del lugar; ven que la existencia es fácil: se tiene, sin mayor trabajo, techo y pan... Vuelven al mundo, llega el día en que deben afrontar la vida; fracasan en sus primeros pasos, una mujer los engaña, y el recuerdo del Monte con flores, frutas y sol se les aparece en el instante preciso en que flaquea la voluntad de lucha... Muchos aseguran que la Virgen les indicó el camino... ¡Milagros del desamor, de la miseria, en fin!... Y van al encuentro de consolación y olvido: van a "poder vivir", en la celda de un monasterio, en la choza de una lavra o en el hueco de una montaña dantescamente imponente.

Preguntamos a muchos monjes la causa por la cual se habían retirado al Monte Athos. La mayoría rehuye toda respuesta y se limita a exclamar: "Así lo quiso la Panagía". Pocos nos hacen confidencias.

El Pater Meletios, nuestro buen amigo del convento Vapopedi, se llamaba en el mundo Aristides Papazajaríu y había sido en el mundo comerciante afortunado en Atenas y en Salónica, pero... ¡las mujeres, las decorazonadas, las fermentidas!, le hicieron perder sus riquezas... Mas, una de ellas, la Virgen, la piadosa Panagía, madre, amiga y consoladora de todos los desesperados, vino en su auxilio para inspirarlo y conducirlo por la senda del bien, del arrepentimiento y de la redención... Y así fue como una tarde de otoño Aristides Papazajaríu llegó al Athos para trocar su vida, y convertirse en el Pater Meletios.

El Monje Pablus, del Monasterio de la Gran Lavra, es médico graduado en Atenas y diplomado en cursos de perfeccionamiento en la Universidad de París. Griego de nacionalidad, era súbdito turco cuando estalló la Gran Guerra. Las autoridades del Sultán lo incorporaron a la Cruz Roja, con el grado de mayor. Desde el primer momento se propuso fugarse, para no servir a los infieles. Cuando logró escapar, debió atravesar a pie, durante varios días, el desierto palestino hasta llegar a las proximidades del Canal de Suez. Una noche fue sorprendido por soldados indúes, al servicio de Inglaterra. Vio las bayonetas de los fieros guerreros junto a

su pecho; y se dio por muerto, cuando la imagen de la Panagía se le apareció y oyó su voz que le decía: "Abre tus brazos en forma de cruz y pronuncia mi nombre". El milagro se operó, y los indúes retiraron sus afiladas hojas, haciéndolo prisionero. Desde ese momento el Pater Pablus juró hacerse monje, y no halló felicidad hasta el día en que le fue posible retirarse al Monte Sagrado.

El Monje Pablus tiene la mansedumbre de un santo.

Como muestra de su simpatía, Pablus nos invita a su celda. Allí abre un armario y nos muestra sesenta y ocho tomos, esmeradamente encuadernados, de cuatrocientas páginas manuscritas cada uno, escritas en griego, con letra menuda y renglones apretados. Iluminándose de alegría, nos dice:

—¡Son mis memorias!

Petillón, que lee y escribe el griego literariamente, consulta las memorias y luégo, en un aparte nos dice:

—Son incoherencias de tal magnitud, que creo que el pobre Pablus ya vive en el Cielo...

La confidencia más extraordinaria y la más desconcertante que recibimos fue la del Pater Simeón, un joven neófito que ya viste tal cual los monjes, y a quien le falta sólo un año para ser consagrado. Simeón tiene demacración y palidez cadavéricas. Lo conocimos en la gran fiesta del monasterio de la Gran Lavra, de la cual me ocuparé luégo. El pater Simeón tendrá hoy 29 años. Su aspecto enfermizo, se alegra con la mirada movediza de sus ojos azules; con la sensualidad de sus labios que tienen un bozo rubio de adolescente y con su cabello bien recogido con gracioso moño. Le interrogamos y nos dice:

—Aquí no podremos hablar... Nos veremos junto al bosquecillo de pinos... En la pradera... Iré hoy, por la tarde, cuando todos los monjes duerman.

Fuimos puntuales a la cita.

El monje Simeón llegó brincando entre los árboles del bosque, con alegre cadencia de muchacho inquieto. Sus labios modulaban una canción litúrgica, esencialmente bizantina. El pueblo de Bizancio careció de cantos populares, y en sus regocijos entonaban himnos de iglesia, aclamaciones áulicas o triunfales.

Después de haber multiplicado nuestros ruegos, logramos hacer hablar a Simeón:

—La Panagía quiso que yo viniese al Monte Athos, al que había visitado hace algunos años con mi padre. Yo, en el mundo, fui feliz mientras triunfaba y tenía buenos éxitos...

¡Ah! ¿No lo sabéis? Usted, señor Petillón, que vive en Grecia ¿no me conoce? Sí; fui artista... ¡Qué pecado! Cuando ya nadie me aclamaba; cuando no tenía ya contratos... me iba a refugiarme en las iglesias y allí, silenciosamente, lloraba, prendiendo cirios a la Panagía para que me diese nuevos admiradores... Una tarde, la Panagía de la antigua iglesia de San Teodoro, en Atenas me habló, y me dijo:

—“No llores; véte a la tierra donde me adoran los hombres santos”.

Y obedecí.

—¿Eres feliz, Pater Simeón?

—Sí; soy feliz... lo que más me consuela es el estar seguro de serlo en la vida eterna... Algunas veces bailo para los monjes jóvenes. Si lo saben los viejos me castigan; me obligan a ayunar y a no dormir; debo hacer más de mil genuflexiones seguidas... Soy bueno, pero me siento joven y alegre...

Efectivamente, el monje Simeón es bondadoso y es creyente, pero su alegría desbordante puede ser motivo de que no logre la consagración; puede ser que lo expulsen, y quizá no llegue al Cielo por la vía recta, pero inspira una enorme piedad, pues ocurre frecuentemente en el Athos que no sabemos si ya estos hombres llegaron enfermos del mundo, o si la soledad y las privaciones les perturbaron la razón, o si nosotros somos incapaces para juzgar y colegir la santidad.

Si hay monjes de simulada piedad, hombres que se van al Monte Athos con el único objeto de vivir, holgazanes que se cubren con el ropaje de una religiosidad que no sienten, es también verdad que hay muchos, muchísimos, que la gran mayoría de los monjes son sinceramente buenos, profundamente religiosos y que poseen verdadera santidad de conducta y de alma.

Son numerosos aún los anacoretas en esta tierra. Hombres solitarios que se apartan del mundo por extremada y verídica repugnancia a las maldades humanas; hombres que renuncian a los placeres de la carne y se torturan físicamente por amar su propia alma con heroica pasión, a la que desean elevar hasta la pureza suprema. Hay en ellos mucho de sufrimiento.

La vida de los anacoretas athonienses es dura; deben soportar tanta pobreza y privaciones que muchos, en agotamiento de hambre, ateridos de frío, quemados por el sol, bajo el plomo de los años, víctimas de las lacerías y del latigazo de las enfermedades, mueren un día sin testigos. ¡Quién

sabe cómo y cuándo fue!; pero lo cierto es que todos mueren en olor de santidad.

Cada año la Epistasía manda inspectores para visitar y abactecer a los anacoretas y, entonces, muchos son encontrados muertos, desgarrados por las bestias feroces, comidos por las águilas y halcones. Las almas se fueron al cielo; ¡soldados de la fe, sin nombre, sin gloria humana!

Todos los monjes que hemos conocido en el Athos son felices; muchísimos tienen placidez angélica. Son realmente dignos de toda admiración los milagros de la Virgen, que dan quietud, paz y felicidad a los hombres que en el mundo vivían moralmente lacerados y temerosos de verse eternamente perdidos.

* * *

Salimos de Karíes tempraneros y contentos sobre acemilas de paso lento, sentados sobre albardas con malos bastes, y torturantes por una dureza de hierro. Al poco tiempo de andada, por quebradas y empinadas veredas, hace Petillón esta protesta, castellana-gálica, con salsa de argentinismos tangistas:

—Si bien soy arreciado, no sirvo para Quijote y “gaucho nos plus” me siento... Ascuchad, señor che argentino: si es fuerza continuar la marcha faré la que Dios manda y no quiero nocir vuestro placer, ni he de plorar como un infante. Mas habréis de prometerme enantes, como buen sabidor, aguisar bien las cosas para que non tengamos malos encuentros, ni falten el buen yantar, ni algunos comeres y recibir también, por mi lucro, che, el donaire de alguna moquier de gracia... ¡Si se produce un milagro! Si así facieres non me importa cabalgar en forma dolida, que aquí no hay, por cierto, macanudos petisos...”

Aconsejamos, por la décima vez, al sefardí compatriota que hablase en francés, para no torturarnos el oído; rogándole que por mucho tiempo permaneciese callado para permitirnos gustar la naturaleza y el cielo athonienses, hermosos como pocos. ¡Vano empeño!

Después de una hora de silenciosa marcha, Petillón nos da detallada cuenta de las incomodidades y dolores físicos que comienza a sentir, asegurándonos estar tan molido que preferiría echarse a dormir sobre la yerba, a la sombra de un castaño o de un roble milenario.

Le aconsejamos cambiar el modo de cabalgar, poniéndose a asentadillas, y así lo hace para nuestro mal. La momentánea comodidad lo hace parlero, y nos habla de problemas sociales, de judaísmo y de sionismo, y maldice de la

vida monjil, seguro de no ser comprendido en francés por el acemilero que guía su mula del ronza. Termina su perorata, mal sonante en ese ambiente, protestando de su apetito que lo debilita, pues comprueba, con dolor, que en Athos se come mal y poco, y que somos avaros en prodigar las regaladas provisiones de boca que llevamos, y a las que debemos hacer durar el mayor tiempo posible.

Dejo a Petillón que hable de lo lindo y apresuro mi mula para no oírlo y andar solo, deseoso de concentrarme en la evocación de pasadas edades.

Después de tres horas de andada por sendas sombrías, bajamos hacia el Monasterio Vatopedi. Las murallas del convento se agrandan a medida que nos acercamos y, vemos en lo alto, como parásitos de los muros, balcones grises y frágiles, apuntalados a las piedras con troncos de árboles que se nos antojan sutiles mondadientes. Cierta día hemos mirado desde un balcón hacia el fondo de un valle y creímos desplomarnos, con monasterio y todo, a cuatrocientos metros de profundidad.

Obedeciendo al ceremonial, que es observado en los monasterios con igual solemnidad que en el Palacio Sagrado de la muerta Bizancio, nos apeamos a cierta distancia del imponente castillo. Tenemos la esperanza de que llegue a nuestro encuentro un caballero armado de cota y lanza o de ver, en las almenas, a una castellana rubia con capirote y con el blanco tul flotando al viento; mas, pronto hemos de convencernos de que no estamos delante de una clisura bizantina, ni junto a las murallas de un castillo de señor franco: vienen hacia nosotros varios monjes pacíficos y sin belleza.

Presentamos nuestra abundante documentación al monje encargado de cumplimentar a los extranjeros, y, rodeados por respetables ancianos, trasponemos el pórtico. Hacemos la señal de la cruz, para saludar a la imagen de la Panagía, y entramos por una puerta ancha, de batientes de hierro, mientras las campanas y esquilonos suenan en alegre concierto de bienvenida.

Visten los monjes largos *zostikos* (sotanas) y amplios "rasos", amplios mantos de seda negra sobre las sotanas, y tienen asentados, que no puestos, en la cabeza, tiaras que llaman *kalimafi*, que es algo así como un alto y cilíndrico fez negro. El prepósito ha cubierto el *kalimafi* con un velo negro que le cae a sus espaldas, exornándolo de majestad.

En las dependencias destinadas al alojamiento de extranjeros los monjes nos dejan entregados al placer del agua, y van a esperarnos en la sala de recepción.

Estos salones conventuales son la manifestación más cabal de mal gusto: hay muebles de sala de estilos abigarrados, las paredes tienen profusión de fotografías de tierras lejanas, de personajes históricos, de monjes con muy buena salud, y no faltan las tricromías que representan soberanos que miran bisojos.

Como si el aislamiento diese a los monjes ansias de correr tierras; como si tuviesen la inquietud constante de la huida, en todos estos salones existe profusión de cartas geográficas y de globos terráqueos de todos los tamaños.

Cepillados y repuestos, descendemos al amplio patio y, tan fuerte es la impresión de belleza que recibimos, que nos detenemos para admirar la insospechada armonía del amontonamiento de edificios que recuerdan todos los estilos; reconstrucciones hechas después del azote de los siglos: incendios, desmoronamientos, destrucciones causadas por los piratas, por las incursiones sarracenas. Todo el drama que atestiguan esas construcciones está alegrado por una policromía violenta de los colores más vivos, y por infinidad de árboles umbrosos y multiplicidad de flores. Visitando los conventos del Athos se diría que los monjes se consuelan de la imposibilidad de amar a la mujer y al niño, amando entrañablemente a las plantas y a las flores.

Paseamos por el patio, discurriendo con un monje, cuando oímos un seco martilleo.

—Llaman a la oración...—nos informan.

Vemos bajo un árbol al acólito encargado de dirigir los oficios religiosos. Lleva el *kalamafi* adornado con su gasa; le cubre el cuerpo una capa de seda negra plegada, que llaman *mandros*; con el puño izquierdo sostiene, a la altura del hombro, un largo y estrecho madero sobre el que da golpes de mazo. Ese instrumento, se llama *simandra*, y su empleo en la iglesia bizantina, es anterior al de las campanas.

Acuden al reclamo muchos monjes y con ellos entramos en el *katolikon*, la iglesia principal del convento, en los cuales suelen existir hasta veinte capillas.

Admiramos en la iglesia el templón pacientemente esculpido, la enorme cruz que lo corona, y la riqueza y belleza de los iconos, frescos y mosaicos del siglo XIV.

Los monjes, algunos dentro del *bema* y otros de pie junto a los bancos de los coros, entonan letanías gangosas, y extraños y árcaicis cantos bizantinos.

Los monjes offician con lentitud: saben que los días se suceden sin premuras. Algunos monjes parecen estar con el pensamiento muy lejos... ¿Recordarán, acaso, que en el

mundo dejaron a sus madres y a sus hermanas? Es muy posible: pero deben estrujarse el corazón hasta dejarlo sin afectos, porque esa es la voluntad de Dios... ¡De Dios! ¿Es que Dios no los amaría más si saliesen al mundo a desparramar amor cristiano, ayudando a alzarse a sus semejantes caídos?

En el Athos vivimos a destiempo: no podemos acostumbrarnos a medir los días "a la bizantina", como dicen los monjes. Las horas se cuentan desde la salida del sol hasta el ocaso, para luego recomenzar hasta la aurora.

Una tarde, a eso de las 6 para nosotros y de las 14 para los monjes, caminamos por una alameda, donde vemos un joven monje, alto, corpulento: hay nobleza en su porte y frescura en su mirada.

Alguien nos dice:

—Es el monje Meletios; hasta hace poco fue secretario de la *Epistesia*. Habla muy bien el francés.

Nos presentan.

—¿Es usted argentino?—nos pregunta Meletios. Y luego agrega:

—Yo tengo un hermano en Buenos Aires...

—Nos es muy grato saberlo... ¿En qué se ocupa su hermano?—preguntamos.

Meletios pone en blanco los ojos, posa su mano sobre el pecho, y, como si recordase cosas gratas, nos dice en correcto francés, y con nostálgica y afeminada voz:

—¡Ay, mi hermano es peñador de señoras!

* * *

Desde el monasterio Vatopedi salimos para continuar nuestra visita a la cadena de conventos pétreos que se alzan a lo largo de las costas de la península del Athos, como palacios de país de ensueño.

Después de nuestra prolongada y paciente excursión, podemos apreciar las razones por las cuales los vatopedianos son víctimas de murmuraciones e insidias: son los revolucionarios del Monte.

Haber instalado en el Vatopedi la luz eléctrica, cuando en todos los monasterios se continúa usando el petróleo, y el velón, ¿no es injuriar la tradición? La pulcritud de los vatopedianos que permiten que en su portería se venda agua de Colonia; la peligrosa libertad concedida a sus monjes que pueden leer diarios de Salónica y de Atenas y hasta de América, como es el caso de Meletios, que recibe revistas de Buenos Aires, en las que hay fotografías de mujeres tan hermosas, ¿no son pecados diabólicos?

Visitamos algunos monasterios cenobitas donde la re-

ciudumbre de las construcciones; la pobreza y hurañez de los monjes son realmente impresionantes. Todos los servicios de estos conventos son tan primitivos, que allí no se puede uno olvidar, por cierto, de que se está en tierra medioeval, y monjil por añadidura.

Las visitas a muchos otros monasterios, especialmente cenobitas, las hacemos en pequeñas embarcaciones a vela, entreteniéndonos, cuando la inquietante braveza del mar nos lo permite, en admirar la pericia de los pescadores de esponjas, y en contemplar la majestad de los castillos conventuales, que miran desafiantes al mar.

A una de esas visitas nos acompaña el Pater Meletios, que pierde el esmero de su vestir y toda mundana prestancia al marearse como jamás hemos visto a persona alguna. Durante su mal se coge de nuestros brazos y nos pide que ordenemos al barquero que se estrelle contra las rocas, invocando para nosotros la bendición de la Panagia.

En un convento cenobita pasamos varios días de verdaderos sacrificios por lo primitivo del alojamiento y la magra alimentación que nos dan, además de vernos obligados a no dormir de noche, pues nos llevan, en procesión, a la luz de candiles y velones oliendo a grasa de oveja, al Katolikón para orar desde las dos de la mañana hasta las nueve.

Meletios, acostumbrado al lujo de su convento, a la regla menos rígida de su devoción, a las comodidades de su amplia celda, nos dice una mañana, entrando al oscuro cuartujo donde dormíamos:

—Señor argentino... yo no puedo más... No se come, no se duerme, no nos podemos bañar por falta de agua... Tome, señor argentino, un poco de agua de Colonia para refrescarse la cara... Y por la Panagia, le suplico, que partamos ahora mismo... ¡Ay! ¡Cómo vive esta gente!

Ante las exclamaciones del Pater Meletios se comprende cómo es de relativa la conformidad humana. Para nosotros el convento Vatopedi nos pareció una comfortable prisión, para Meletios era el regalo y alegría de su vida.

Como lo deseaba Meletios, volvemos a embarcarnos luego de escuchar mil invocaciones del monje amigo para que el Pantócratos y la Panagia hiciesen del mar un lago de aceite. Es el monje complacido; y, con felicidad, lo dejamos en la playa, no lejos de su convento. Nos despedimos con bendiciones y con reiterados ruegos, para que a nuestra llegada a Buenos Aires no olvidemos visitar a su hermano, peñador de señoras, lo que hemos cumplido con mucho agrado.

Continuamos navegando hacia el convento cenobita de Carácalos.

Petillón comienza a quejarse, implorándonos regresar cuanto antes a Salónica a donde nos promete opíparas pitanzas, en casa de su madre. Efectivamente, el sefardí amigo enflaquecía. Ya habían transcurrido veinticinco días desde nuestra llegada, y nos habíamos pasado comiendo pescados y mariscos en las formas más variadas y caprichosas imaginables, pero, invariablemente, mal condimentados. Recordamos, como algo perdido en la lejanía del tiempo, el último bocado de carne que habíamos saboreado en el lujoso convento de Vatopedí, la noche de nuestra llegada. Para mayor desgracia, de nuestra reserva de alimentos sólo quedaban algunas cajas de sardinas, cuyo nombre solamente ya nos hartaba.

—Soy capaz de convertirme y hacerme bautizar aquí, —exclama el sefardí Petillón— en francés, si alguna de estas medioevales imágenes de las Panagías, que vemos en los conventos, obra el milagro de hacerme servir en el próximo monasterio un buen “filet de boeuf grillé”, y sus narices olfatean mientras sus labios repiten:

¡—Un *chateaubriand*, un *chateaubriand*!

El barquero que ve el gesto, sin comprender lo que Petillón dice, hace manifestaciones de alegría y descubriendo un cesto nos muestra un centenar de pescados y pulpos, y grita para dominar el clamor de las olas:

—Ya comerán... Todo esto es para el convento adonde vamos...

En el monasterio cenobita de Carácalos, nos reciben amablemente el higúmeno y otros monjes. Al alegre batir de campanas entramos en el patio del convento y se nos brinda modesta pero muy apreciada hospitalidad. Después de visitar el katolikón, de admirar las reliquias y de ponderar las bellezas del lugar y de las construcciones, nos disponemos a recogerlos, para alzarnos antes de la salida del sol, cuando llega a nosotros el viejo monje portero que nos saluda en inglés, y nos dice:

—Conozco bien Buenos Aires; estuve cuando la primera visita del Príncipe de Gales. Frecuenté mucho el hermoso hipódromo de Buenos Aires ¡y todos los hipódromos del mundo!...

Y el monje nos coje de la mano y a la luz de un velón, nos conduce hasta su celda. Levanta el colchón de su lecho y, extrayendo una hoja de diario londinense, nos dice por lo bajo:

—Aquí está la crónica de mi última carrera... En la que perdí la totalidad de mi fortuna—, y después de un silencio en el que debió recordar toda su vida, mirando al cielo y persignándose, exclama: Ahora, la Panagía me hará ganar la gran carrera... ¡la del Cielo!

En este mismo convento de Carácalos, un monje que oficia de farmacéutico, pero que en el mundo había sido libre-ro, nos conduce con mucho misterio a una lejana celda. Al abrirse la puerta y entrar nos detiene un tufo de encerramiento y de mugre repugnantes. En la semisombra vemos a un hombre envuelto en harapos, melenuado y de barba hirsuta que nos saluda musitando palabras incomprensibles. El monje acompañante nos dice: —Es un ciego...

Nos aproximamos. Es un viejo al que la tracoma ha cegado.

—Cigarrillos, cigarrillos—, nos pide.

—En este convento no se puede fumar, pero a este monje se lo permitimos, pues muy pronto morirá... Cada mañana me levanto creyendo encontrarlo muerto...—, nos dice el monje farmacéutico.

—¿Por qué no lo han curado a tiempo? Pudieron salvarle la vista.

—Hace cuarenta años que está en el convento este pobre monje, pero siempre se negó a ser curado.... Y tiene su razón... La Panagía quiso que fuese así ¡y es pecado oponerse a sus designios!

* * *

Un medio día desembarcamos en la playa de la Gran Lavra, donde un viejo torreón se alza centinela, vigilante de los siglos.

El gran monasterio señorea en la escarpadura más oriental de la península, al pie de la mole del Athos. Desde el mar, este convento fortaleza aparece soberbio, como un castillo de Emir de cuentos orientales.

Después de penosa ascensión, las mulas que cabalgamos se detienen frente a la puerta del convento, que en esos días festeja, con alarde de peregrinos, el aniversario de San Atanasio, su fundador. Frente al pórtico nos rodea gente miserable que nos pide limosna. Son monjes mendigos, vestidos con harapos de sotanas y rasos, sus carnes sucias están cubiertas de llagas, en sus miradas hay ausencias mentales.

Mientras entramos al patio del convento y subimos hasta el quinto piso, donde están las dependencias destinadas a los visitantes pobres, sentimos un malestar indescriptible. Una gran amargura nos acobarda, y nos domina una incon-

tenible repulsión por esta humanidad que se apiña en el convento atraída por la fe, por la esperanza de comer bien en la hospitalaria mesa de fiesta o por la certeza de ganar unos dracmas de la liberalidad de los creyentes, llegados del mundo a festejar a San Atanasio. Al ver a todos esos hombres que parecen enajenados de fe, o de codicia, nos preguntamos si realmente esto es un monasterio o si, acaso por error, nos han conducido a una casa de orates.

Al pasar a los salones reservados para las personas de calidad, el aspecto cambia totalmente: hay limpieza, dignidad y prestancia en todos; mas no podemos olvidar la cruel impresión recibida a nuestra llegada, y que a cada instante, al pasearnos por el convento, vemos repetirse con frecuencia lastimosa.

Ocupamos muchos días para visitar la Gran Lavra. Su rica biblioteca conserva joyas en manuscritos bizantinos y un *sakkos* primorosamente bordado que debió usar el Emperador Nicéforas Focas. Horas enteras pasamos examinando los tesoros del convento que, como en todos los otros, son muy variados y riquísimos: también nos detuvimos a venerar las numerosas reliquias.

En los monasterios del Athos las reliquias tienen considerable importancia: contribuyen a sumar prestigio, y son cebo de donativos, de legados y de peregrinos.

Hay en el Monte Athos muchos trocitos de la Vera Cruz; cráneos, brazos, manos y pies momificados de numerosos santos, y, en el Convento de San Pablo, el incienso y la mirra con que los Reyes Magos homenajearon al Hijo de Dios.

Nosotros dudamos de la autenticidad de muchas de esas reliquias. Sabemos que Bizancio fue la proveedora, de toda la cristiandad medioeval de las reliquias más disparatadas. Cuando los Latinos conquistaron el Imperio de Oriente, los griegos les hicieron creer las mayores enormidades, al punto de que en Francia se venera una lágrima de Jesús, llevada por los cruzados desde Constantinopla, según nos lo informó en Oriente, negándole valor, un purpurado católico de vastísima ilustración.

Terminadas las fiestas religiosas, con las que se festejó a San Atanasio, los monjes de la Gran Lavra ofrecieron a los obispos y personalidades que habían ido a visitarles, un gran banquete. De ese banquete se hablaba desde hacía varios días. Habían acudido los mejores monjes-cocineros de todo el Athos, y se proponían hacer alarde de arte culinario. Esperábamos, por lo tanto, reparar nuestro apetito que comenzaba a ser alarmante, por habernos pasado varias se-

manas comiendo día y noche, como he dicho, pescado en todas las formas imaginables.

Nuestra decepción fue grande; se nos sirvieron seis platos de pescado; pulpos, langosta y buena cantidad de caracoles.

Esa noche soñamos con nuestra tierra argentina; con el churrasco criollo, con el "asado con cuero" y con las empanadas cordobesas...

Al despertar comprendimos cuanta razón tenía el argentino sefardí al recordar los sabrosos platos de la gálica cocina. Si antes de realizar nuestro viaje al Athos ya hubiésemos tenido la dicha de conocer a esta hermosa tierra colombiana estamos seguros de que también habríamos añorado el succulento ajíaco.

* * *

Permanecemos más de un mes viviendo entre una sociedad monjil y bizantina en todos sus aspectos. Conmovidos hondamente, buscamos soledad en la noche: miramos al mar y meditamos...

Allá, en el mundo de donde hemos venido al Monte Athos, los hombres de las tierras con mujeres, en farándula hambrienta de lujuria, aturdidos por músicas locas, espantados por la amenaza de las guerras, corren al tiempo, precipitan la vida, temerosos de verla escapar sin haberla gozado en la plenitud de los amores y de las maldades.

Aquí, en esta tierra con sol y sin mujeres, el tiempo no importa, porque el silencio y la quietud lo detienen; el amor y el placer no interesan: los hombres saben que en el cielo está la verdadera dicha.

El poeta siente la intensa belleza de este recogimiento atoniense, medioeval, trágico y grande; el hombre llegado de las ciudades pecadoras, detiene la mirada en la negrura del cielo, medroso de la vida...

ALBERTO M. CANDIOTI

